



7

ORIENTACION

ORGANO DE LA ASOCIACION
GENERAL Y MONTEPIO DE
EMPLEADOS JUDICIALES
DE MADRID

U.G.T.



R. I. P.

EL ARANCEL JUDICIAL

Ha fallecido en Valencia, víctima de la Revolución,
el día 1 de enero de 1937

Habiendo recibido la maldición ciudadana

Sus desconsolados usufructuarios, los Secretarios Judiciales y de Sala, a excepción de sus numerosos primos (los litigantes), participan a V. **tan sensible pérdida**, y le ruegan asista a la conducción del cadáver que recibirá sepultura en la antigua Casa de Canónigos. A falta de oficiantes se prescindirá de actos religiosos, ya que ni siquiera cabe contárselo al Nuncio. No obstante el Ministro de Justicia ya se los dirá de misas...

EDITORIAL

Por mucho que los calumnien, por mucho que los quieran vejar, los hombres de buena fe que luchan noblemente por un ideal no cejarán en su obra, porque saben que nunca les puede enlodar la baba de los desagradecidos y ruines.

(DEL AUTOR.)

Aquellos a quienes hemos dado en llamar impacientes, pero que tienen otro calificativo que en estos momentos no quiero señalar y que todos sabemos cuál es, son los que hoy chillan y protestan. Son los que todo les parece mal. Son los que llaman enchufistas y aprovechados a aquellos que han venido luchando día tras día, año tras año, por el bien común, mientras ellos han estado disfrutando una vida harto agradable. Son los señoritos de la curia, los de los dedos ensortijados, los del empaque señorial y mirada altiva, los que al acercarte a ellos lo hacías temeroso y cohibido, porque, creyéndose seres superiores a los demás, ni te miraban ni te escuchaban, sin comprender que en la vida nadie es más que nadie, y que tendría que llegar un día en que toda esa escenografía con que se cubrían había de venirse al suelo.

Pero en los momentos en que la lucha suponía jugarse el pan de los que luchaban, estos «revolucionarios» de última hora, estos que hoy quieren aparecer como defensores de los que antes habían despreciado, estaban en connivencia con los jefes y les ayudaban a la mejor y más cruel expoliación de los humildes.

Son los alborotadores de hoy, los que buscan con febril insistencia un Sindicato que les sirva de refugio, como otros buscaron una Embajada.

Son los que antes anatemizaban los Sindicatos, los que los odiaban a muerte, los que decían que llevar un carnet sindical era manchar el bolsillo en que se guardara; los que llamaban chusma a aquellos que ostentábamos orgullosos las insignias sindicales. Son los que se creían deshonrados porque se les llamara obreros, y es porque no sabían, y si lo sabían fingían ignorarlo, que la palabra obrero es el título más alto de honradez y laboriosidad. Son... los odiosos por sus rapiñas a que se refería Sánchez Roca.

Pero por suerte para todos, aunque no se quiten la careta de revolucionarios que se han puesto, su forma de pensar y de proceder los deja al descubierto y hace que los conozcamos.

LA NUEVA JUSTICIA

Aunque por la marcha vertiginosa que la guerra impone a los acontecimientos españoles vean la luz pública con algún retraso estas líneas, no quiero dejar sin comentario el discurso o conferencia pronunciado en Valencia, hace unos días, por el compañero García Oliver, ministro de Justicia, y de aquél quiero subrayar una sola frase, sobre la que insistió a lo largo de su disertación: «*La Justicia es el arte de hacer hombres y el arte de formar pueblos*». ¿Qué quiso decir con esto García Oliver? Sencillamente que la Justicia, como *arte*, ha de tener calor cordial y humano y ha de arrumbar para siempre aquella «fría rigidez de la Ley», que, como cosa muerta, no nos vale para nada; que el pueblo, al administrar justicia, vaya *creándola* con sello personal, popular, en cada caso, y tenga la convicción de que, así como la Medicina moderna sostiene que no hay enfermedades, sino enfermos, así también en la nueva Justicia no ha de haber delitos, sino delincuentes, y que cada uno de ellos, aun habiendo realizado al parecer el mismo hecho, necesita una pena o una sanción determinada, según la impresión del juzgador. Es decir, que los nuevos juzgadores, al realizar su función, han de atender, más que a los textos escritos de esta o de la otra ley o de este o de aquel Código, a la voz siempre sincera de su conciencia y de sus sentimientos republicanos.

¡Republicanos, sí! Creo que es hora de acabar con esa afirmación, ridícula en estos tiempos, de que la Justicia no debe ser política. Eso, a mi juicio, si está muy bien en pura teoría doctrinal y filosófica, en la realidad que vivimos sería una candidez de a folio imperdonable, pues bien sabemos que todos los sedicentes apolíticos son, a la postre, enemigos encubiertos del régimen constituido. Porque ¿quién puede creer que en los momentos actuales exista algún español capaz de no tener o profesar ninguna, absolutamente ninguna idea política? Nadie. Luego, si convenimos en ello, es menester afirmar que los juzgadores y en general todos los encargados de administrar justicia han de ser forzosamente políticos, y para servir a la República que estamos creando han de tener un incontrastable ideario republicano, auténticamente izquierdista—aunque no sectario—, como condición primordial para ejercer fielmente su misión. En otro caso no nos sirven así sepan más leyes

que Licurgo y Solón juntos. ¿Que esto es una monstruosidad? Es sencillamente, en todo caso, una adaptación a los días de profundísima revolución que nos cabe la honra de vivir. Bien claro lo dijo el camarada Sánchez Roca, en la luminosa charla con que nos ilustró a cuantos concurrimos al acto celebrado el 18 del corriente mes: «Todos los funcionarios de la Administración de Justicia han de ser, ante todo, republicanos». Y dijo más el subsecretario de Justicia...

Dijo también que a la Justicia ha de servirse con dignidad y austeridad absolutas. Esto es: que han de acabar para siempre los prevaricadores de toda laya—altos y bajos, ¡que de todo hay en la viña de Noé!—, el favoritismo, la recomendación, la intriga y el enredo, si queremos, como él dijo, forjar una Administración de Justicia completamente nueva. Hay que grabar en la mente de todo el pueblo que la Justicia es *absolutamente gratuita*, y que como tal Justicia, no hay siquiera que agradecerla: se agradece el favor, no la Justicia. Acabáronse ya, y si no acabaron se acabarán prontamente, aquellas viejas estampas del juez o magistrado que dictaba sentencias obedeciendo a presiones de este o de aquel político o cediendo a las caricias de esta o aquella prostituta de postín, y también la del «oficial de mesa»—como decía el vulgo—de «a tanto las libertades».

Hemos logrado la aspiración máxima de cuantos constituímos la gran familia del proletariado judicial: ser funcionarios públicos. Ya lo somos. Sí, pero con la máxima responsabilidad en nuestra función.

Camaradas: vamos a ser los forjadores de la nueva Justicia que está alumbrando la Revolución actual. Seamos dignos de ella. Y hagámonos merecedores de ella cumpliendo las condiciones que nos impuso Sánchez Roca: republicanismo, austeridad, fe en el triunfo, espíritu de sacrificio y responsabilidad plena en nuestra función. Quien no sepa, no pueda o no quiera acatar estas normas, a tiempo está: que levante el dedo antes de que el pueblo, sin saber de leyes, pero con una intuición maravillosa e infalible, le señale con el dicterio infamante de indeseable. Es de advertir que después no se admiten reclamaciones.

ALFONSO DIAZ GARCIA

LA GRATUIDAD DE LA JUSTICIA

«Nos quedan muchas más cosas que ver...: la administración gratuita de la Justicia...»

(De mi anterior artículo «Nuevos albores».)

El día 4 de los corrientes ha sido promulgado por el ministerio de Justicia un decreto estableciendo en parte la gratuidad de la justicia. ¡Enhorabuena para el primer ministro revolucionario que conoce la nueva Historia española!

Gran publicidad debía darse al mentado decreto, por su trascendencia, haciéndole llegar, por cuantos medios pudieran utilizarse, hasta el más apartado lugar de nuestro territorio, para así alejar de la mente de todo ciudadano las repetidas y pavorosas frases: «Haga cuanto pueda por mí, que yo le tendré en cuenta»; «Cuando termine el asunto tendré una atención con usted»; «¡Pleitos tengas y los ganes!», etc.

El concepto de ser gratuita la justicia debe ser comprendido por todo buen español, ya que en la actualidad, a pesar de actuar dentro de los nuevos Tribunales populares, todavía se nos acercan seres que ofrecen algún metálico o cigarros puros para pagar su agradecimiento por el trato que de nosotros recibieron. No olvido que el aceptar tales ofrecimientos depende de uno mismo, por dignificación de la clase.

No hace todavía muchos días presencié cómo una buena mujer ofrecía un espléndido cigarro puro, sin duda agradecida por haber sido absuelta del expediente contra la misma incoado, en el que, interpretando el verdadero espíritu de la justicia, emití veredicto de inculpabilidad el Tribunal popular que la juzgó.

Es indudable que esta mujer siguió la tradicional costumbre de pagar un favor que no se la hizo, ignorando, claro está, nuestra interpretación de la nueva Administración de la Justicia, donde no admitimos ni recomendaciones ni cualquier clase de obsequios.

El don de gratuidad dado a la Justicia no debe ser ignorado por ningún ciudadano, y en ello nosotros debemos poner el máximo interés, ya que nos evitaría el pasar por el trance, siempre violento—aunque digno—, de tener que rechazar o mejor dicho despreciar aquella cosa que, por importante o insignificante que sea, puede sernos ofrecida en prueba de agradecimiento, acto descortés que por descontado está lejos de nuestro ánimo.

Si hoy se nos ofrece un cigarro puro, estima-

ble por el valor moral que representa, damos pie para que mañana, inhumana, aceptemos otras «invitaciones» saciadoras de nuestro egoísmo personal, desmereciendo nuestra labor de retaguardia, la lucha heroica que mantienen nuestros hermanos de clase en los frentes de batalla.

Hagamos público el decreto aludido, usando cuantos medios estén en nuestras manos, bien por radio, Prensa, pasquines, etc., haciendo ver al pueblo los beneficios que le reporta la completa gratuidad de la Justicia, con la advertencia firme de que no es sólo por parte del Estado, sino por todos, absolutamente todos, los que integramos su Administración.

Haciéndolo así haremos honor a la Revolución.

B. SANTAMARIA

Del discurso del camarada SANCHEZ ROCA, en esta Audiencia el día 18 de enero de 1937 / / /

«La Justicia en las democracias es imprescindible.»

«La Justicia nueva está matizada por la ética, la comprensión y la humanidad.»

«No sólo tenemos que renovar o transformar la Justicia: hay también que moralizarla.»

«La supresión del arancel significa la incorporación de los auxiliares de la Administración de Justicia al escalafón del Ministerio.»

«Hay muchos auxiliares de la Administración de Justicia que se han hecho odiosos por su rapiña.»

«Es posible que sobre gente. Tenemos que crear nuestro propio Tribunal para depurar a todos, y de esta manera saber quiénes son los capaces, morales y dignos.»

¡Toma del frasco!

Esto no lo dijo el camarada Sánchez Roca, pero lo dice ORIENTACIÓN.

¡HA MUERTO EL ARANCEL!!

La Prensa diaria ha dado la noticia. Por el actual ministro de Justicia, colaborador revolucionario con el Gobierno legítimo de la República en la gran obra transformadora de la Justicia en España, se ha suprimido el arancel judicial.

El arancel, en manos de sus usufructuarios, era un juego de malabarismo, con el cual se han hecho ricos multitud de secretarios. Cuantos pugnábamos en su contra éramos inmediatamente execrados por el coro de arancelistas, que se ponían de uñas al solo anuncio de una posible supresión.

Calificar de inmoral el arancel en un artículo periodístico me costó a mí el despido fulminante del empleo que venía desempeñando en la Audiencia desde hacía veinticinco años. ¡Y en plena República nada menos!

Cada campaña emprendida contra el arancel, lejos de provocar la supresión, tenía la «virtud» de degenerar en un nuevo aumento en sus partidas, para el mayor hacinamiento de dinero en la bolsa de los secretarios.

¡Cuántas fortunas amasadas a costa de la ruina de los litigantes!

¡Cuánta ignominia cometida al socaire de la «legalidad» del percibo arancelario, cuyo fabuloso ingreso no dejaba jamás satisfecha la avaricia de sus beneficiarios!

Viene a mi memoria el preámbulo de aquel decreto por el que se concedía a los secretarios el 60, el 40, el 20 y el 15 por 100 en sus devengos, lo que hizo ascender los ingresos a cantidades que oscilaban en algunos casos entre 100.000 y 125.000 pesetas anuales, y en el que se justificaba el aumento por la necesidad de atender al subsidio de los empleados en las Secretarías.

Modelo de escarnio, de ironía, de injusticia y de desvergüenza era aquel preámbulo, que no tenía otra estimación que la del funcionario que lo pergeñó y la del agradecimiento de sus «inspiradores», y que, sin duda, era de las literaturas a que el padre Mariana se refería cuando escribía: «Las que dan a ganar, se estiman.»

¿Cómo se cumplió por los secretarios el espíritu del decreto? ¡Ah, pues un oficial de lo Civil, que después de una vida de trabajo ganaba 125 pesetas mensuales, ascendió a 137,50! ¡DOCE PESETAS CINCUENTA CENTIMOS AL MES de aumento!

¡Y luego dirían los empleados que se había infringido la disposición ministerial!

¡Ya se ha suprimido el arancel, merced a un ministro revolucionario! Pero hay que hacer más, mucho más. Hay que revisar las fortunas de todos los mercaderes de la Justicia e incautarse de todos sus bienes, amontonados y adquiridos a causa del «abuso del derecho arancelario» y de la explotación de sus obreros.

Y si me apura un poco el camarada García Oliver, actual ministro de Justicia, darles un empleo con 250 pesetas al mes en la Secretaría donde hallaron su botín!... ¡Y hasta les podríamos aumentar otras 12,50 pesetas al mes para cacahuetes!

La revolución nos veda la continuación de estos detentadores de la Justicia aun en los más modestos puestos de ella, ya que, como nos enseña J. Nogales: «Con otra «dosis» de enfermedad no se cura nadie; pero sí con la medicación vigorizante, con la nutrición restablecida, con la voluntad despierta y firme. Provocar una crisis en la enfermedad es hacer una revolución; revolucionar es devolver la vida.»

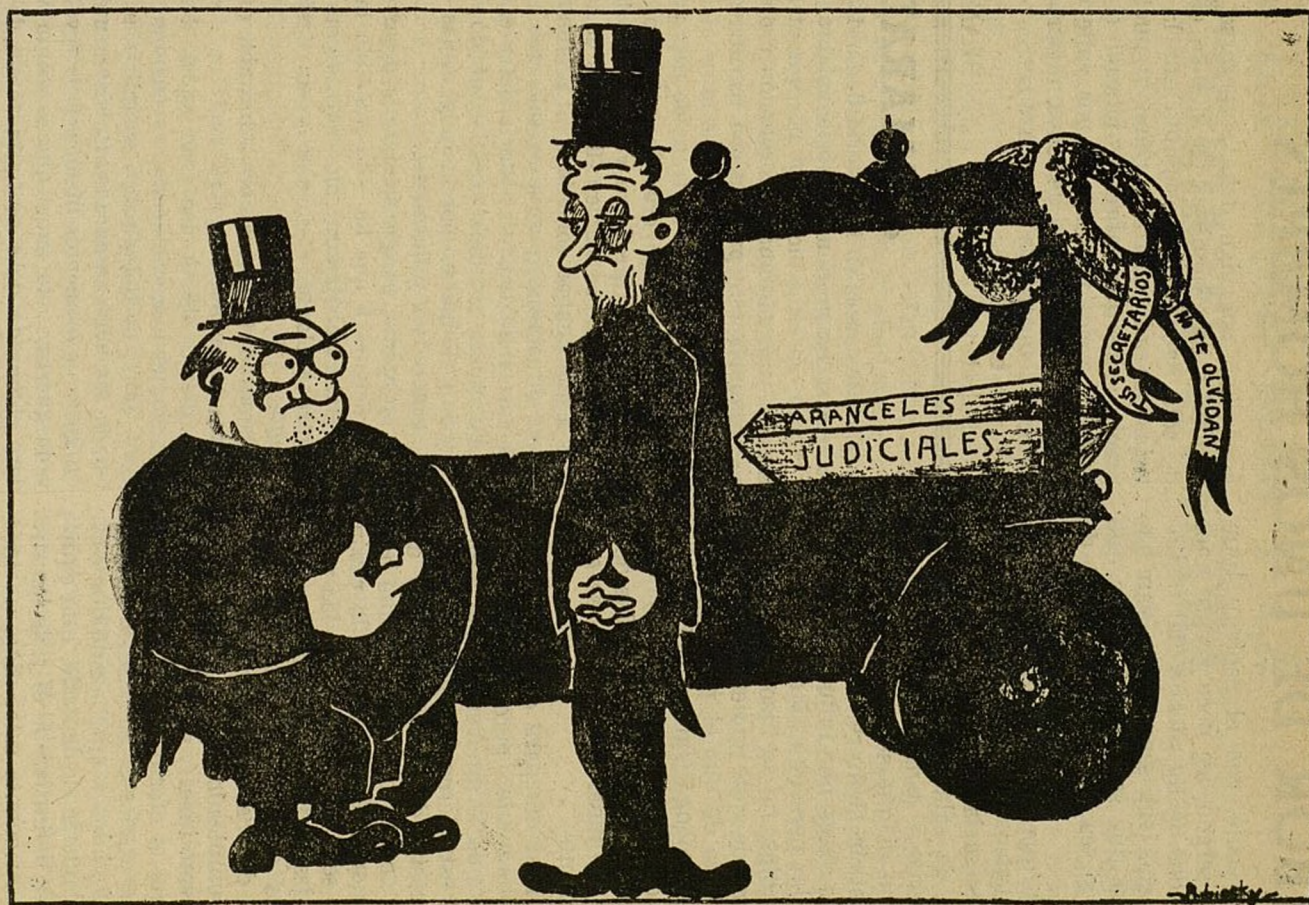
El antiguo sistema de la Justicia era una enfermedad nacional. Conservar en ella a tales funcionarios sería la «dosis» que no curaría a nadie. Incorporar a la nueva Justicia a los explotados y vejados es la medicación vigorizante, la nutrición restablecida que esperamos con la «voluntad despierta y firme», ya que provocada la crisis en la enfermedad judicial, se está haciendo la revolución, y revolucionar es devolver la vida...

¡Ha muerto el arancel, y con él un sistema arcaico e inmoral!

¡Viva la Revolución!

EDUARDO AGUILAR LORENZ.

D
U
E
L
O



---Y ¿cómo ha sido eso, don Exuperio?
---¡Ya ve Vd. don Homobono, un atasco de «real» orden!
---Y ¿no les ha dejado nada?
---Si, cómo nó ¡nos ha dejado en la calle!

LA LABOR DE UNOS HOMBRES

Concienzudamente, con el espíritu tranquilo y ánimo sereno, así poco a poco unos hombres, guiados de un ideal y del instinto del bien hacia sus semejantes, van haciendo la labor que se precisaba para que la Justicia en sí sea el verdadero reflejo de la palabra.

Sin rencores (que en los hombres de gran corazón no pueden existir) hacen la depuración tan necesaria e imprescindible en este laberinto de salas, antesalas, secretarías, dependencias y demás rincones de este gran edificio en el que se debía haber administrado justicia siempre, pero que desde luego, unas veces por influencias políticas, otras por las personales y otras por móviles inconfesables, no se hizo.

¡Ya era hora de que pudiera hacerse la verdadera justicia de que el pueblo necesita, sin que nadie ponga trabas ni obstáculos y mucho menos influencias!

Así en la práctica, como en las Salas donde actúan los Tribunales Populares se está viendo diariamente.

Aun queda bastante para que el aparato funcione debidamente, pero teniendo en cuenta que los que le mueven no son aquellos que jamás estuvieron con el pueblo (con este pueblo nuestro de las vicisitudes y del hambre), sino por el contrario, los que han vivido y viven su misma vida por la razón de igualmente ser pueblo, pasando las mismas calamidades, sufriendo las mismas vejaciones de los de arriba, aguantando los insultos de los de abajo; porque éstos ignoraban que los empleados judiciales, a pesar de tener su mismo ideal y sed de liberación, no podían llevar a efecto lo que sintieran, porque los que eran sus jefes se lo prohibían, coaccionándolos y amenazándolos con ponerlos en la puerta de la calle, que equivalía al hambre definitiva de él y de los suyos; teniendo en cuenta esto, digo, no tardará en verse normalizado el funcionamiento de la verdadera Justicia, que todos reconocerán y que, como precisa, acatarán tanto los de arriba como los de abajo, porque los de aquéllos que existan tendrán que reconocer que la Justicia es del pueblo y para el pueblo, y éste es el único que por medios legales tiene derecho a imponerla, así como que los que la han de imponer no pueden ser otras personas que las que constituyan el pueblo y las por éste designadas.

Como antes decía, aun queda bastante para que el aparato «Justicia» funcione normalmente, pero si todos nosotros en general ponemos un poco, nada más que un

poco, que por algo debe empezarse, para ayudar a esos hombres en el bien común, no sólo habremos conseguido que la «Justicia» sea administrada como el pueblo lo precisa, sino que habremos labrado el bienestar de todos nosotros, y por ende el general, o sea el común de todos nuestros hermanos, compañeros y camaradas.

Y por hoy basta.

¡¡Salud!!

BLANCO

«CAMARADA»

¡Cuántas veces en la historia de la vida proletaria se ha pronunciado esta palabra!

Ahora, en estos momentos por que atraviesa España y se germina la revolución proletaria, se pronuncia esta palabra con fervor, con entusiasmo y con ánimo.

Con fervor, porque se trata de una palabra de respeto y cariño cruzada entre dos seres que defienden el progreso y el bien de la Humanidad y que se sienten liberados de las garras a que estaban sometidos, al pronunciarla.

Con entusiasmo, porque se sabe que en ella está encerrada toda la historia del proletariado, que tantas y tantas veces ha sufrido el peso del castigo impuesto por las oligarquías de reyes, *generalitos* y burgueses.

Y con ánimo, porque siempre, a pesar de las persecuciones a que ha sido sometida la honrosa clase trabajadora, ha sostenido su lucha siempre adelante, con valor y sin desfallecimiento.

¡Camarada! ¡Oh palabra admirable que engendra la revolución proletaria!

No merece de tu uso todo aquel elemento que, fingiéndose camarada, es enemigo tuyo. Pero, ¡ah!, no todos saben cumplir con el deber de ser buen camarada. Precisamente ahora, en estos momentos históricos de revolución y de guerra, todo aquel que se sienta verdadero camarada debe sentir la tutela del partido o sindical que le cobije y hacer todos los esfuerzos que pueda en favor de la defensa de la misma, que desde hace tiempo vienen luchando para poder entregar a los mismos el fruto de sus luchas.

Por eso ahora debemos todos de sentirnos más camaradas que nunca, porque con ello, todos unidos y basándose en uno de los más primordiales y verdaderos principios de la clase proletaria, que dice, «La unión es fuerza», forjar la fortaleza invencible en que se estrellen los enemigos de nuestra clase.

¡Viva la unión proletaria!

MANUEL GARCIA SANCHEZ

Madrid, 15-1-1937.

UN ESFUERZO MAS Y LA VICTORIA ES NUESTRA

No pretendo con estas líneas, heroicos luchadores, exaltar vuestro espíritu combativo, levantar vuestra admirable moral, pues demasiado comprendo que vuestra bravura de héroes, vuestra voluntad y decisión, así como vuestros pechos forjados por Vulcano, no necesitan de acicates ni exhortaciones para ofrendar vuestra vida en holocausto de la causa que estáis defendiendo: la libertad de un pueblo, la emancipación de la clase humilde de toda una nación, vituperada y escarnecida por la canalla fascista internacional.

Al mundo estáis asombrando con vuestro arrojo, con las bellas páginas que estáis escribiendo en la épica defensa de Madrid, cuyas páginas, llenas de heroísmo, escritas con la sangre generosa y ardiente de nuestros jóvenes hermanos, pasarán a la historia, a una historia nueva, la más limpia, la más humana, y que con una aureola de triunfo, amasada con el producto de todos vuestros sacrificios y abnegaciones, servirá de guía a las generaciones futuras para forjar la nueva estructuración del Estado que todos por nuestro bienestar ambicionamos y que a nosotros no nos dé tiempo a terminar.

Pero para que todo vuestro sacrificio no sea estéril, para que las vidas segadas por la fatídica guadaña, esgrimida por los traidores a su patria, a su pueblo, a su religión y a su Dios, ayudados por moros salvajes y extranjeros sin patria, no se hayan sacrificado en vano, es necesario que continuéis en la lucha, que no cejéis jamás, que el fascismo no avance su maloliente pezuña un milímetro más de terreno, aunque para ello hayamos de dejar toda nuestra sangre en el campo de batalla toda la juventud española.

Estamos en momentos decisivos; de vosotros depende el bienestar del mundo en un futuro muy próximo; una duda en estas circunstancias sería terrible; una indecisión, el desmoronamiento total de toda nuestra obra, casi terminada.

Vemos cómo debido a vuestro heroico comportamiento, a vuestra resistencia sin igual, la funesta aventura en que se han metido unos generalotes sin padre reconocido, los execrables seres que quieren someter al proletariado bajo su yugo repugnante e inquisitorial, va tomando rápidamente derroteros muy distintos a los por ellos imaginados. La toma de Madrid, que creían

tan fácil la pandilla de beodos empedernidos que se ha alzado en armas contra la voluntad abrumadora y reciamente definida de nuestro pueblo, va siendo para ellos la más terrible lección que podrían haberse imaginado; los países que, sedientos de las riquezas inigualables de nuestro hispano suelo, no tuvieron inconveniente en financiar la sublevación, por creerlo una presa fácil y sustanciosa, se van dando cuenta del grave error cometido, y así vemos cómo Italia, la Italia fascista, de una manera muy habilidosa, va cambiando poco a poco el curso de su política internacional, al tiempo que los países democráticos, que por razones que no vamos a analizar venían sosteniendo una absurda política de abstención e imparcialidad, van poniéndose abiertamente del lado de la razón y la justicia: de nuestro legítimo Gobierno del Frente Popular.

La ruina del fascismo se acerca a pasos agigantados. La próxima derrota de los del cristo al pecho la olfatean ya sus huestes mercenarias, y al no hallar medios para evadirse de tan nefasta compañía, han empezado a rebelarse contra quienes están comerciando con sus vidas como repugnantes negreros, y como prueba de ello tenemos los cadáveres encontrados en uno de nuestros frentes, en el que no había habido ninguna acción guerrera por nuestra parte.

Estamos en momentos críticos; atravesamos la fase decisiva de nuestra lucha. Ojo avizor y fe ciega en la victoria ha de ser nuestro lema. ¡No desmayéis, heroicos combatientes! El mundo entero está con nosotros; tenemos una misión histórica que cumplir y estamos tocando con los dedos la meta final de su feliz realización. Al luchar por nuestra libertad, lucháis por la del mundo entero. ¡No aceptéis pactos, no aceptéis armisticios; luchad con la bravura y coraje que hasta ahora lo habéis hecho hasta la total exterminación del fascismo sangriento, que quiere someteros a su ponzoñosa esclavitud! Y así, luchando con denuedo, libraréis al mundo de su más terrible pesadilla y cumpliréis la última voluntad de nuestros hermanos caídos en la lucha, que están clamando venganza desde lo profundo de su última morada.

¡¡Combatientes de la libertad, en la resistencia está nuestra victoria!!

Diciembre, 1936.

M. ALMANSA.

¡LOOR A LA RUSIA SOVIETICA Y A LA GESTA ESPAÑOLA...!

... La U. R. S. S. ha sabido forjar una nueva economía socialista que no conoce el paro obrero, en la que no existe la miseria y que ofrece a sus ciudadanos todas las posibilidades de llevar una vida digna y de bienestar...

Son palabras éstas de un meritisimo artículo del número anterior de la Revista, en que con sobriedad y modestia, sus estimables características personales, el camarada *Malatesta* (Francisco Paniagua), tan querido por los que sabemos ver su encendido espíritu socialista tras de su frialdad aparente, glosa y comenta los principios fundamentales de la democrática constitución soviética, aprobada en momento tan oportuno que apresurará la revolución mundial iniciada en nuestro suelo, al difundirse por todo el orbe que la potencialidad creadora y organizadora del partido comunista ruso ha dado vida y realidad práctica y sólida al teorismo marxista; que se ha traducido en hechos el ideal tan debatido de la sociedad sin clases; que es posible la vida, desenvolvimiento y prosperidad de los pueblos sin el factor capitalismo, y, sobre todo, que en ese país ejemplar ha tenido su consagración el principio básico de los postulados proletarios, la imposibilidad de que el hombre sea explotado por el hombre.

Los que estamos viviendo la gestación de una nueva era, no podemos medir, porque nos falta la perspectiva del tiempo, la trascendental importancia, no sólo para el proletariado, sino para la humanidad en general, de la revolución titánica que se completa y termina con esa Constitución, perfecto evangelio de la libertad de un pueblo redimido y culminación luminosa de una tarea gigantesca de diecinueve años, pero sí conocemos lo que significa de esfuerzos de todo orden, individuales y colectivos, de ensayos laboriosos de métodos y sistemas, de perseverancia tenaz implantando unas modalidades orgánicas, sin desmayar al tener que desecharlas y sustituirlas por otras, de sagacidad política y psicológica en los hombres cumbres que han dirigido tan ingente construcción, de sentido oportunista tan preponderante y discutido en el genial Lenin y en su continuador Stalin, y de derroche de energías científicas, didácticas, profesionales y personales, y todo esto superado por el asombro-

so acierto de aglutinar en un ideal social y político común a millones de seres con tan múltiples diferenciaciones raciales, religiosas, sectarias e idiomáticas, y fundir los naturales choques y contrastes de los intereses privados de esa enorme masa, antes analfabeta en su mayoría y hoy instruída, libre y consciente, en la estructura de una Carta estatal que consagra la más grandiosa fraternidad entre los hombres, dignificándolos a todos en un igualitarismo ennoblecedor de la vida y del trabajo, tan sabiamente concebido, que salvando el escollo de anular la personalidad individual, la ampara y estimula, por el contrario, al dejar cauce al libre desenvolvimiento de las capacidades y aptitudes profesionales.

¡Pueblo admirable!..., que sufrido paciente por desesperanza y con resignación que llegó a ser atávica, hasta un ayer que pese a su proximidad en el tiempo es ya muy remoto, de tantas iniquidades y tiranías, sometido de por siglos a una oprobiosa esclavitud de tipo medieval, hoy asombra al mundo alumbrando en ciclópeo empuje una nueva civilización justa y humana con su pujante organización social, política, económica, técnica, cultural y militar, que tiene su génesis en el formidable impulso de la brillante legión de intelectuales de todos los campos del pensamiento y de la vida del espíritu, que fértiles sembradores y cultivadores del ideario de redención y emancipación, fueron jalonando año tras año con visión profética la ruta que siguió otro incontable plantel de hombres de acción que, inflamados de un ardiente fervor proselitista, soportaron con estoicismo sublime, como verdaderos mártires de una religión laica, persecuciones, extrañamientos y torturas, y se inmolaron a la causa ofrendando prodigamente la vida, víctimas de la saña persecutoria del régimen zarista, insaciable de sangre en su furor estéril de cegar con ella el camino que había de conducir a esta nueva luminosa era, sin ver en su insania suicida que precisamente la sangre lo fecundaba y hacía viable.

Y ese gran pueblo siente tan hondamente la fraternidad y solidaridad universal que, liberado ya él, se decide, desbordante de generosidad hacia sus hermanos de todas las razas y continentes, a extender fuera de sí la inte-

ligente siembra de que ha germinado su presente prosperidad y grandeza, y con sublime gesta y dando un ejemplo sin precedente en ninguna organización social humana, prodiga en su ansia redentora cuanto tiene, cuanto es y cuanto vale, a los demás países de Oriente y Occidente, para ayudar al proletariado universal a emanciparse como él se emancipó, llevando así a toda la tierra la buena nueva de la verdadera redención del hombre.

Por un fatalismo histórico y más objetivamente por nuestra revolución hoy en marcha, que no iniciada a su tiempo ha surgido como consecuencia también fatal del traidor levantamiento militarista, trocado luego en la invasión extranjera del suelo patrio — vendido como vil mercancía —, que convierte la feroz lucha civil en una cruenta guerra de independencia, nos toca a los españoles el honor y la suerte de ser los primeros beneficiarios de ese gesto sublime del pueblo ruso, con la grave y alta trascendencia de que nos reporta para corresponderlo y que sea eficaz en beneficio propio y de los pueblos que nos miran, obligaciones de alcance mundial de tal extensión y profundidad, que cumpliéndolas, como las cumpliremos cueste lo que cueste, nos hemos de situar en un plano de superioridad internacional cuyo límite no puede ahora ni calcularse.

Es por esto, camarada *Malatesta*, oportunísima tu labor periodística de divulgación y comentario del articulado de la Constitución rusa, para que la conozcan en todo su alcance los compañeros de nuestro organismo sindical. El conocerla a fondo nos ha de fortalecer a todos, por su ejemplaridad, en los fervores patrios, y singularmente servirá de estímulo y aliento a los valerosos camaradas jóvenes que desde el primer momento fueron a la lucha y tenemos en los frentes de batalla honrando con su denuedo combativo a la Asociación, que ya ha sufrido el dolor glorioso de escribir con sangre en sus listas la baja de dos de ellos, inmortalizados al rendir su vida por la causa que ha puesto en pie a este viril pueblo.

La página suprema, decisiva, de nuestra vida futura, que hoy escribimos, dió comienzo

con la épica jornada del cuartel de la Montaña, en que Madrid, inerme, demostró con su coraje que nunca deja de hacer honor a sus pasadas epopeyas gloriosas, y está alcanzando magnitud tan trágica, que atrae sobre nosotros la atención mundial, lo que nos impone responsabilidades insospechadas y nos obliga a vencer para poder seguir llamándonos dignamente españoles, pero españoles de una nueva y grande España consciente de sus destinos históricos, redimida, como Rusia, con su sangre y sacrificios y resurgida con férrea vitalidad de los escombros siniestros de un pasado muerto ya para siempre.

Triunfando, triunfará y se redimirá con nosotros el proletariado de todo el universo, que por eso hoy anhelante tiene fijos los ojos en nuestra lucha heroica y nos aporta en ella una calurosa solidaridad de acción práctica y de espíritu, tan amplia, exaltada, cordial y trascendente como jamás se vió ni en las más profundas conmociones sociales.

Esto nos plantea fatalmente el dilema de vencer o morir.

No es posible otra opción, porque este pueblo, de temple de acero, de vida tan intensa a través de los siglos, de tradición histórica tan relevante, de tan larga estela de fecundas gestas heroicas que le valieron nombre preclaro, salvando con ellas sus errores políticos, y que de seguro tendrá una misión y un lugar preeminentes en la civilización que nace, no podría vivir como mísero esclavo colonial de otros que cuando él alumbraba el mundo con la suya espléndida, alguno vivía casi en la barbarie; le ahogaría el oprobio y el peso abrumador de su fracaso.

Prefiere morir..., morir mil veces antes que ser vencido, porque vencido perdería su libertad e independencia... Morir es el único medio que en trances tales tienen los pueblos de perdurar, de seguir viviendo en la historia... Numancia vive y vivirá mientras el hombre exista sobre la tierra.

Pero venceremos, sí; queremos y tenemos que vencer..., porque hijos de la Numancia inmortal, no podemos consentir que esa madre nuestra nos repudie.

UN VIEJO CURIAL

NUESTRA MISIÓN, GANAR LA GUERRA

En la conciencia de todos los sindicatos que, por necesidades de la guerra, permanecemos en la retaguardia, no puede, no debe existir otra preocupación, otro deseo, hoy, que no vaya dirigido a este fin: ganar la guerra. A ganar la guerra han de dirigirse todas nuestras miras, todos nuestros esfuerzos, todos nuestros sacrificios. Es necesario, imprescindible, ese extremo para que la clase trabajadora consiga el logro completo de las aspiraciones por las que hemos venido luchando y luchamos actualmente.

No hemos de dejar de tener en cuenta la retaguardia que la guerra que en estos momentos se debate en nuestro suelo español está entablada entre estas dos clases: una, nosotros, el pueblo trabajador, que luchamos por la reconquista de lo que legítimamente nos pertenece por razón de derecho, y otra, la que integra la banda de estafadores y bandoleros de los pueblos y a la que denominamos como clase capitalista, clase ésta que no hizo otra cosa en su vida que aprovecharse de la generosidad del

pueblo trabajador para vivir a costa de su sudor y esfuerzo constante por arrancar a la Naturaleza medios y riquezas que permanecían inactivos, con los cuales hacer más humana y feliz su existencia. Y por saber esto precisamente, por saber que la lucha es entre la guerra y la paz que nosotros defendemos, entre la libertad y la tiranía, entre el trabajo libre y la explotación, entre la cultura y la incultura, entre la democracia y el fascismo—última agraradera o pilar a que se sujeta el capitalismo antes de caer—, hemos de hacer frente, con elevado espíritu, a cuantos sacrificios y vicisitudes nos pueda acarrear esta guerra, en la que se debate la felicidad y prosperidad de la clase trabajadora. Esa es hoy nuestra única misión: trabajar por la guerra para conseguir en una fecha próxima la victoria, con la que habremos conseguido el éxito de los postulados por los que hemos luchado y luchamos hoy la clase trabajadora: Paz, Trabajo y Libertad.

RODRIGO CARREÑO.

MENSAJE A LOS REBELDES

El mundo entero contempla nuestra lucha. Unas naciones prestan su ayuda económica en forma de envíos de víveres y ropas para los combatientes defensores de la República; otras os ayudan a vosotros con hombres, armas y potentes elementos de destrucción; otras se limitan a presenciar la contienda con curiosa atención, acaso con recelo. Pero es lo cierto que a la hora de ahora, todas las naciones del mundo se ocupan de España, comentan lo que en España sucede y analizan conductas.

El Gobierno español y las fuerzas leales respetan las vidas de los ciudadanos que habitan las poblaciones que se hallan bajo su control, y los de aquellas que reconquista en acciones de guerra.

¡Vosotros, en cambio!...

Pero no es mi propósito cubriros de apóstrofes; mi léxico no es agresivo; mas si miráis al fondo de vuestras conciencias, veréis cuán diferente es el proceder de unos y otros.

Este mensaje no tiene más objeto que el de dirigir una apelación a vuestros sentimientos humanos, pues firmemente creo que el hombre, por terribles que sean las circunstancias en que actúe no deja de ser hombre.

¡No bombardeéis con vuestros aviones las poblaciones civiles! ¡No enfoquéis vuestros cañones hacia las calles de Madrid!

Me parece ver dibujarse en vuestras bocas una sonrisa burlesca. ¡En verdad que soy harito ingenuo!

Naciones tan poderosas como Inglaterra han aconsejado que debe humanizarse la guerra, y no habéis atendido sus recomendaciones. ¿Cómo podré esperar que una personalidad tan insignificante como yo y un periódico tan modesto como el nuestro logremos lo que no ha podido conseguir nada menos que la Gran Bretaña?

Sin embargo, aunque no sea más que para ponerme a bien con mi conciencia, que me aconseja emplear todos los recursos, quiero hacer un razonamiento que acaso, acaso, no habéis tenido tiempo de hacéroslo vosotros.

Habitan en Madrid muchos de vuestros secretarios, muchos simpatizantes con vuestra causa, muchos familiares vuestros. Son los que aquí denominamos «la quinta columna».

Todos esos amigos vuestros y enemigos de la República andan libremente por la calle, habitan los mismos domicilios que tenían an-

tes de la sublevación, y algunos que se saben complicados en el levantamiento están escondidos en lugares diferentes a los en que residían, pero sin salir de Madrid, porque cuando quisieron hacerlo ya no era tiempo.

Estos últimos han buscado refugio en barrios modestos — Cuatro Caminos, Pacífico, Puente de Vallecas, Guindalera, Prosperidad—, en casas de amigos y protegidos, de posición social más humilde; y así, no es de extrañar que los titulados «nobles» y los grandes capitalistas anden agazapados en esas barriadas populares, amparados por personas que les son fieles y que por la modestia de su vivir no inspiran recelo.

Y al arrojar las bombas de vuestros trimotores, no sospecháis que acaso puedan morir ametrallados aquellos por quienes precisamente lucháis. Y otro tanto ocurre con los obuses de vuestros cañones.

Habéis destruido el barrio de Argüelles; habéis castigado duramente el llamado barrio de Vallehermoso; y es en estos barrios donde contabais con más simpatizantes.

¡Herís ciegamente! Y esta actitud os resta

apoyo moral, os priva de adeptos, porque aquel que ve morir a los seres que le son más queridos, destrozados por la metralla que descargáis sobre Madrid, difícilmente sentirá después el menor entusiasmo por el triunfo con que soñáis.

¿Qué os proponéis al bombardear Madrid con trimotores y cañones? Si las víctimas no eran—como no lo son en ningún caso—combatientes, no disminuís nuestro Ejército ni en un solo hombre.

¿Es que queréis aterrorizar a la población civil para que exija la rendición? Ya habréis visto que el resultado es totalmente distinto al propósito. En vez de pedir rendición, el vecindario pide que se os ataque, que se os aleje de la capital, porque cada vez es mayor la indignación que esos bombardeos le producen.

Y si no podéis conseguir ese efecto moral que buscáis, ¿qué bien puede reportaros la muerte de unos cuantos centenares de seres indefensos y no combatientes?

Pensad que el mundo nos contempla y analiza conductas.

EMESEME

LO QUE EL PUEBLO ESPAÑOL SABÍA

El pueblo español, antes de la lucha que hoy sostiene con el fascismo internacional, sabía perfectamente lo que era el fascismo, y por saberlo precisamente respondió como un solo ser con las armas que tuvo a su alcance, ya que las que legítimamente le pertenecían le habían sido arrebatadas por la traición de unos generales sin conciencia, a la agresión de que era objeto por parte de aquél. Sabía, repito, que el fascismo es, en su más simple y menos repugnante descripción, la oposición exacta, la negación directa, el enemigo mortal y sin conciencia del progreso y aspiración de los pueblos. Y lo sabía, no sólo por consecuencia de la propaganda antifascista hecha por los partidos y hombres que sienten la Libertad y Democracia, sino por la consecuencia misma de los gritos que el fascismo ha lanzado a cuatro vientos.

Sabía el pueblo español que el fascismo proclama que la Democracia es un cuerpo descompuesto, que la paz internacional es el sueño de un cobarde y que la victoria de los pueblos sobre la miseria es una fútil

fantasía, y estos gritos, lanzados por el fascismo en su locura, dejaban ver bien claramente al pueblo español cuál era el camino que aquél debía seguir para implantar su oprobioso sistema de vida al tener un concepto tan peregrino de la aspiración de los pueblos, aspiración que es consecuencia natural, lógica e histórica de la civilización y progreso de los mismos. Y sabía, por la experiencia más que por los gritos de Alemania e Italia, que el camino que sigue el fascismo para acabar con esas aspiraciones de los pueblos es sólo este: matar, disparar en la emboscada, apuñalar a quien sienta una vida humana y, por tanto, sin miseria, protegidos por las sombras de la noche; golpear a las gentes hasta dejarles las carnes hechas jirones, o secuestrar y torturar hasta producirles la muerte, a todo hombre o mujer que se atreva siquiera a creer en las posibilidades de la paz y progreso.

Sabía también el pueblo español que el fascismo proclama la necesidad y excelencia de la guerra como único medio para

que pueda mantenerse eternamente la sociedad dividida en dos clases: la una gobernante, aristocrática y con todos los resortes de la civilización en su poder para hacer el uso de ellos que mejor convenga para su mantenimiento; la otra, la trabajadora, gobernada, pobre y entregada a una vida animal, consecuencia de la explotación y miseria a que se la tiene sometida por la clase gobernante, y sin derecho, claro está, de ninguna clase.

Esta es la verdad del fascismo, la que conocía y conoce el pueblo español, al igual que también conoce la verdad de la causa por la que lucha, como anteriormente lo hizo un pueblo hermano suyo y que es hoy el espejo donde se mira el mundo trabajador, ¡Rusia!, y luchará hasta conseguir que, como en su pueblo hermano, esa causa triunfe en España. ¡Paz! ¡Trabajo! Y ¡Libertad!

RODRIGO CARREÑO.

AUTOMOVILES A 200 PESETAS



« »

Si se dispara un cañonazo en Flandes repercute en América y en la costa de Carmandel.»

(VOLTAIRE.)

(De mi artículo anterior.)

En el ánimo de todos está le certidumbre de esta gran verdad, como lo está que esa repercusión es de varios órdenes, político, social, económico, etc., pero, a mi juicio, con más intensidad en el económico, que es el que menos puede soslayarse.

La preponderancia económica de una nación es función de muchos factores, pero desde luego de la política social propia y ligada estrechamente a la de otros países vecinos o paralelos, tomando este paralelismo por la semejanza de sus productos o industrial; luego viene a resultar que la política social de un país viene a influir en grado sumo en la economía de otro.

Es muy cómodo y muy fácil luchar económicamente con otros países cuando se dispone de un pueblo fácilmente *domesticable* que trabaja doce y dieciséis horas diarias por una miseria y que se alimenta con una pequeña ración de arroz, pueblos dormidos o anestesiados por un narcótico místico del tipo que sea, sobre todo cuando la lucha se entabla con otra nación que ponga por delante los principios liberales y morales, y de aquí esos *stocks* de manufacturas a precios reducidísimos, con los que no puede competirse en lucha legal.

A este respecto recuerdo el cuento de las escobas, de todos conocido, y saco la conclusión de que esos países las roban hechas;

y esto no es ninguna paradoja, ya que al pueblo roban su sudor, su independencia y su porvenir.

Pues bien, un cañonazo disparado en España, pongo por caso, podría traer grandes consecuencias económicas entre países bastante lejanos que al parecer no tienen rivalidad ninguna, y así es en efecto en los asuntos políticos o sociales.

Es muy fácil en una charla de café enlazar nombres de naciones para posibles conflagraciones mundiales, pero yo vengo notando que se circunscriben para agrupar los bandos o alianzas a la afinidad social de su política o a la posición geográfica de sus Estados. Creo ver en ello un error por defecto. La derrota o victoria de una nación en cuanto a su constitución políticosocial podrá carecer de importancia para otra apartada de ella y firme en sus principios, pero el engrandecimiento económico de la misma o su cambio de posición en el mercado mundial es cosa que atañe muy de cerca a la lucha económica que en la actualidad está latente en todos los Estados.

Creo que nadie perderá de vista que el precio de la naranja en España está estrechamente ligado con el del acero de los Estados Unidos y la maquinaria japonesa.

E. SANCHEZ CASAL

ICAROS ROJOS

(Cuento de guerra)

El zumbido incesante de motores le hicieron levantar la cabeza, buscando con la vista aparatos en aquel purísimo cielo, un cielo azul de nostálgica paz. Los distinguió volando a gran altura, plateados por el sol.

Pájaros negros mensajeros de la muerte. En su rostro se marcó un amargo rictus de cruel dureza, de desprecio, y escupiendo

dos, como él los llamaba, volaban hacia la ciudad.

Los vió alejarse con angustioso semblante. Continuó en su puesto con el fusil fuertemente apretado entre sus manos. Ni el frío ni el silencio impresionante por el silencio mismo después de rudos combates, le hacían variar de postura...



despectivo al suelo, dejó de mirarlos. Ya se alejaban con su mosconeó, como avispa que buscaran afanosas dónde clavar su aguijón.

Comenzó a sentirse molesto, nervioso. El habría preferido que hubieran arrojado allí mismo su carga mortífera, aun a riesgo de su propia vida, pero ciertamente sentía malestar cuando aquellos bicharracos ala-

... Regresaban a su base después de haber cometido un sinfín de asesinatos, de haber matado impunemente a gente inocente, y como ufanándose de sus hazañas, en perfecta formación desfilaron a poca altura, desmoralizando con su presencia.

No pudo contenerse más. Saltó como un loco de la trinchera gesticulando torpemente y gritando con toda la fuerza de sus pul-

mones: «¡Estaréis satisfechos, canallas, de matar mujeres y niños! ¡¡Perros!!» Y agitando los brazos desordenadamente chillaba ronco por el furor incontenible: «¡Me las pagaréis! ¡Me las pagaréis!»

Tuvo que ser recogido por sus compañeros, cuando ya los «Capronis» desaparecieron allá a lo lejos, completamente abatido, con los ojos desorbitados intentando ver las sombras negras que se deslizaban por la bóveda celeste, con los puños crispados hasta saltarle la sangre.

Su mujer y su hijito hacía días que habían perecido en su misma casa. La aviación dejó caer una bomba que le había destrozado su hogar para siempre.

* * *

¡Tenía ganas que diera comienzo el ataque. Sentía sus venas hincharse buscando la lucha. Ansiaba matar, derramar sangre negra...

Cazas enemigos. Avanzaban por el horizonte como un enjambre de moscardones. ¡Cuerpo a tierra! Las ametralladoras comenzaron a funcionar, tableteando con siniestro sonido, volando a poca altura sobre las trincheras.

El no necesitaba continuar tumbado. Se lanzó corriendo hacia la ametralladora antiáerea abandonada, saltando sobre los cuerpos tendidos. Un balazo le alcanzó en una

pierna, pero aquello apenas le importaba, y continuó avanzando hacia el arma defensiva, aferrándose por fin a ella con desesperada esperanza. Comenzó a vomitar fuego con inusitada furia mientras gritaba desesperadamente en el fragor de la lucha. Consiguió abatir uno. Varias bombas cayeron a su lado. Chorreaba sangre en abundancia por la pierna, pero aquello apenas le importaba. Sintió como una punzada en un costado. Continuaba disparando, ebrio de locura. Notó que sus piernas se debilitaban hasta caer...

Con los ojos medio velados distinguió como en un ensueño varios aparatos lanzados como flechas. ¡Los nuestros!

El zumbido de motores era apagado por el ruido infernal de fusilería, por el silbar de obuses y estampidos de cañones. Combate en el aire y combate en tierra.

Los miró sonriendo. Los icaros rojos se batían con firmeza, con valeroso tesón, hasta lograr derribar a dos cazas enemigos. Los demás se dieron a la fuga...

Y quedó allí, tumbado, con la sonrisa helada en sus labios, mirando al espacio, como queriendo decir en un supremo esfuerzo: «¡Icaros rojos!...», al par que se extinguían poco a poco en su voz las estrofas de *La Internacional*.

RUBIOSKY

CAMBIO DE AÑO

Sereno está el cielo, estrellado, claro, de noche de primavera, pero la oscuridad reina en la urbe, se extiende cual negro fantasma de sombras que quisiera anegarla.

Pasan raudos y fugaces, veloces destellos de mecánica.

El silencio absoluto sólo es turbado por las secas pisadas de algún vigilante y por el rápido ruido en crescendo, para apagarse en el fondo, de algún auto ensimismado.

Oscuridad, silencio, silencio que no pesa, sino que alegra.

La oscuridad llega al centro, al eje, al corazón de la ciudad. Las sombras de las casas que la envuelven yerguen sus finas siluetas recortadas en el azul del firmamento.

En algunas hay más luz: son las casas muertas; las cuencas vacías de sus ventanas dejan pasar el leve resplandor nocturno, mirando en escalofriante queja al cielo, a ese cielo donde algún día se escondió el pájaro negro que le vació sus entrañas, de-

jando lo antes arrogante edificación convertida en trágica ruina.

¡Por aquí pasó el fascismo!

El vetusto caserón parece agobiado, triste, con sus ojos cerrados, como si no quisiera observar la falta de bullicio en la plaza.

El reloj está ciego.

Suenan lentas, con desgana, las doce campanadas que tanto regocijo otras veces produjeron; suenan con aire de queja, su sonido se esparce en la noche, se extiende, se pierde sin ser recogido.

Un cambio parece experimentarse en la ciudad, un cambio espiritual, clínico; parece cual si el suspiro exhalado por los pechos de sus habitantes se condensase en luz, en claridad de alegría, por la desaparición del año triste, para alumbrar al nuevo, al año que trae el triunfo definitivo de la Estrella Roja.

CÉSAR FALLOLA GARCIA

UN ACTO, UN HOMBRE, UN CORAZON

Un acto.

Bajo el techo del Paraninfo de la Universidad de Valencia se ha celebrado un acto jamás igualado, porque a la par que sencillo ha sido majestuoso.

Sencillo, por la sobriedad en que el mismo se ha desenvuelto dentro de los límites que las circunstancias requieren en los momentos actuales y, al mismo tiempo, dentro de las normas que los momentos revolucionarios imponen. Sin alharacas ni exhibiciones espectaculares a que anteriormente nos tenían acostumbrados a presenciar en actos similares. Alharacas y exhibiciones que, más que enaltecer los mencionados actos, daban a los mismos un aspecto de ridiculez que al observador imparcial producía el más hondo desprecio.

Majestuoso, porque dentro de su sencillez, fué capaz de infundir admiración y respeto.

Esto fué el acto de la promesa hecha por D. Mariano Gómez de su cargo de presidente del Tribunal Supremo de Justicia, para el que fué designado por el único y legítimo Gobierno de la República.

Un hombre.

Este lo es sin ningún género de duda, ni discusión de clase alguna, D. Mariano Gómez, hombre conocido de toda la clase por sus trabajos en pro de la reivindicación de la misma.

Después de prometer ante el ministro de Justicia, subsecretario del mismo departamento, ministros de Sanidad, Marina y Aire, Instrucción Pública, Comisión Parlamentaria, magistrados y demás personalidades que asistieron al acto, hizo uso de la palabra, para hacer la diferenciación que existía entre las dos Justicias que hay actualmente en España: La que aplican los rebeldes y la que actúa en el territorio del Gobierno legítimo.

La una—la de los rebeldes—, llena de soberbia, sin sentimientos humanitarios, sin garantía jurídica de ninguna clase, aplicada so-

lamente a base de odio y rencor. Constituida con el único fin de destruir todo lo que signifique, no solamente avance social, sino todo lo que tenga un débil matiz liberal. Destinada a retrotraer al Estado al sistema feudalista más feroz que conocieron los siglos. En fin, a convertir al hombre en un ente pasivo, sin voluntad ni pensamiento para poder actuar en la vida ciudadana.

La otra—la del Gobierno legítimo, la nuestra—, llena de amor a la humanidad, de respeto a todo y a todos, con la garantía jurídica necesaria que debe existir en todo Tribunal para que su actuación sea recta y justa y encaminada a que desaparezca el odio y el rencor que unos mal llamados patriotas fomentan entre los hombres. Aplicada con el objeto de conseguir una mayor convivencia social y obtener de esa forma un Estado libre, querido y respetado por todos sus ciudadanos, al verse garantizados por su Justicia libre, sana y fuerte.

Así es la concepción que tiene de la Justicia D. Mariano Gómez. Ese es el hombre.

Un corazón.

El del actual ministro de Justicia, camarada García Oliver, el cual en el mencionado acto puso de manifiesto la grandeza de sus sentimientos y el corazón plétórico de bondades que atesora.

Expuso en el mismo su concepción de la nueva Justicia amoldándose a las circunstancias actuales, y vislumbró lo que debía ser en el futuro, reconociendo que ésta tenía que seguir existiendo como organización, ya que él, como idealista que era, creía que llegaría una época en que la Humanidad no necesitará una organización de Justicia, pues todos los hombres sabrán cumplir con su deber y de esta forma harían desaparecer de la tierra todas las renillas que envenenen a la humanidad entera. Pero comprendiendo que este ideal actualmente no puede llevarse a la práctica, dejaba a un lado sus convicciones para atemperarse a lo

que la realidad le imponía y de esta forma, dentro de los límites que su humanismo le exige, organizar una nueva justicia, que esté completamente apartada de las normas antiguas seguidas hasta aquí, normas que se aplicaban a base del rencor y de la persecución de lo único bueno y honrado que hay en el mundo: del trabajador.

Final.

Quisiera recoger más extensamente todo lo que se expuso en ese acto de una manera magistral por los oradores, y en particular por nuestro querido presidente, D. Mariano Gómez, y muy especialmente en la parte que se refirió a los empleados judiciales, y que expuso dirigiéndose a la Comisión que asistió a dicho acto en representación de nuestra Asociación. Pero debido a la rapidez con que he tenido que escribir estas líneas con objeto de no retrasar la salida de nuestro periódico, me veo obligado a hacer punto final y a rogar a los compañeros que dirigen nuestro órgano periodístico, publiquen en el próximo número el texto íntegro del discurso de D. Mariano Gómez, por ser digno de su difusión y conocimiento en grado sumo.

Esto es, en síntesis, la crónica mal hilvanada de lo que fué el acto de Valencia y del juicio que me merecen las dos figuras cumbres de la NUEVA JUSTICIA ESPAÑOLA.

Y antes de terminar estas mal perjeñadas líneas, quiero hacer constar y requerir a mis compañeros para que todos, sin exclusión de ningún género, como si fueran solamente un cerebro y un brazo ejecutor, ayuden incondicionalmente a estos hombres, no solamente a estructurar la nueva justicia, sino a llevarla a la práctica lo más rápidamente posible, seguros de que de esta forma contribuyen al aplastamiento total del fascismo, a hacer la revolución y a conseguir que la República española sea grande y poderosa, porque en ella hay JUSTICIA.

ALFREDO SERRANO SARTO



Por estimarlo justo en la época presente, reproducimos la poesía del llorado Joaquín Dicenta (padre), cuyo recuerdo perdura en el corazón de todos los españoles antifascistas / / / / / / / / / / /

EL ALBAÑIL

Sobre el tablón, sustento de su vida
y amenaza perpetua de su muerte;
la blusa por el aire sacudida,
igual que su existencia por la muerte,
el albañil emprende su faena;
joven, alegre, con el alma llena
de esperanza y amor, suda y se afana,
entonando un cantar que al cielo sube
envuelto en una nube
de cal que dora el sol de la mañana.

Un día y otro, desde aquellos años
que son tan cortos y huyen tan de prisa,
en que no tienen voz los desengaños
y que saben las lágrimas a risa,
fué aquel tablón su anhelo más querido;
el albañil que a él sube ya ha vencido,
ya es un hombre de obrero consagrado;
allí el bautismo del trabajo se halla,
como está el del soldado
en el sangriento horror de la batalla.
Firme, tras él, prosigue su tarea;
la blanca blusa en el espacio ondea;
tras de un combate formidable y duro,
cede el tapial del músculo al empuje,
y oscilando en el muro,
el hombre canta y el tablado cruje.

¡Canta! Pero tal vez en sus canciones
hay vibraciones de clarín de guerra.
Ecos sordos de ahogadas maldiciones
contra los poderosos de la tierra.
Tal vez llegue a pensar, que en la morada
donde dejó pedazos de su vida,
por él piedra tras piedra levantada,
por él golpe tras golpe construida,
habitará el burgués, el caballero,
que tiene por insulto y por ultraje
el que roce la blusa del obrero
el satinado paño de su traje.
Tal vez lo piense y al pensarlo cante,
haciendo del cantar grito de guerra
y queriendo decir con arrogante
voz a los poderosos de la tierra:

—Desde esta humilde tabla os desafío.
¡Miradme bien! Vuestro edificio es mío;
mío, desde el remate hasta la planta;
mío, porque mi mano lo construye,
y esta mano es la mano que levanta,
pero es también la mano que destruye.

JOAQUÍN DICENTA (padre).

TALLERES TIPOGRAFICOS

R E H Y M A



FOLLETOS
REVISTAS
LIBROS
MODELAJE



Antonio Grilo, 9

TELEF. 16889 + MADRID

